

Sombras en la vida de Javier

por

JUAN P. PRUDEN, S. J.

Existe en todo hombre un innato horror al fracaso y a la derrota. Todos desean, de una manera u otra, ser “un éxito” en la vida. Para nosotros, el hombre grande no puede ser un fracaso, y por extensión inconsciente creemos que un hombre, para ser grande, ha de estar exento de fracasos.

La vida apostólica de Javier ha sido tan exaltada —y con razón— que sin querer, se llega a creer que su apostolado fué un pasar de triunfo en triunfo, de pueblo en pueblo, hasta implantar victorioso la cruz en playas del Japón.

S. Francisco Javier se nos propone como patrono de las misiones. El Santo en su lecho de muerte jamás hubiera soñado que recibiría tal honor, y eso no por falta humildad, ni por desconocer la realidad de su vida, sino porque no experimentaba esa “sensación de éxito” que suponemos en él.

Sus cartas íntimas dejan translucir una hebra que recorre toda su vida: la cruz de no ver realizado su idealismo, sus grandes planes.

La grandeza de Javier está en tener fracasos y no ser un fracasado; en sentir la miseria humana y no volverse un escéptico.

Profundicemos su alma a través de la correspondencia epistolar del santo.

Sale de Lisboa rebosando ilusiones. A bordo, y en cada puerto de Oriente, tropieza con soldados y mercaderes portugueses. Todos están hundidos en los vicios, en la codicia. La salvación del alma les interesa poco. Al ver Javier que no tie-

nen deseos de dejar sus vicios, al menos los inducirá a reducir el número de los mismos (1).

En carta a Simón Rodríguez, el Provincial residente en Portugal, se muestra amargo con los incurables portugueses y por la falta de preocupación en el Rey por urgir la enmienda de sus súbditos disolutos.

“Trabajaréis con el Rey por el descargo de su conciencia, porque me parece, y plega a Dios que me engañe, que el buen hombre a la hora de su muerte se ha de hallar muy alcanzado acerca de la India; porque en el cielo me temo que Dios N. S. dirá: El Rey muestra buenos deseos con todas sus cartas para que se acreciente mi honra en la India, pero nunca castiga a los que sus mandados y cartas no cumplen...” (2)

Llora el escándalo de estos cristianos que con llamarse tales y vivir mala vida alejan a los paganos de la verdadera fe.

Podemos afirmar que no tuvo grandes éxito en sus ministerios con los europeos del oriente.

Pero él es apóstol de las Indias, de los gentiles.

Sabemos que en un mes convirtió a diez mil paganos; que sus brazos caían rendidos de tanto bautizar. Estos son los días de cosecha, en las que escribe sus inflamadas “cartas de Indias” que llenaron de entusiasmo a tantos jóvenes de Europa.

Pero hubo días en que recorría pueblos polvorientos sin encontrar un solo hombre que deseara ser bautizado. En las instrucciones que manda a misioneros recién llegados, les previene contra esa desilusión y les recomienda que al menos atraiga a los niños.

“La enseñanza de los niños mucho os encomiendo, y a las criaturas que nacen, con mucha diligencia las bautizaréis; y pues los grandes ni por mal ni por bien quieren ir al paraíso, al menos que vayan las criaturas que después de bautizadas mueren” (3).

Este solo consejo bastaría para quitar las ilusiones a un novel misionero idealista...

Al ver Javier el desaliento del joven misionero Mansilhas ante la mala voluntad de aquellos a quienes evangeliza, le recomienda “que con esa gente os halléis como se ha un buen padre con malos hijos; no os canséis por muchos males que veáis, por-

(1) Cf. Texeira, *Vida de Javier*.

(2) *Monumenta Missionum. Epistolae Xaverii*, t. 1, p. 420.

(3) *Monumenta Missionum. Epistolae Xaverii*, t. 1, p. 205 y 195.

que Dios a quien tantas ofensas hacen, no los mata, pudiéndolos matar" (4).

Estas, y otras muchas cartas que podríamos citar, demuestran que encontró mucha resistencia a la palabra de Dios en ciertos momentos, en ciertos pueblos. Pero aun en sus mejores días, cuando todos acudían al bautismo, Javier veía por encima de esas cabezas de catecúmenos, en lontananza, los otros pueblos que aun no habían oído la palabra de Dios. ¿Cómo había de quedar satisfecho de su labor? ¿Cómo podría afirmar: hemos triunfado del paganismo?

Lo que maravilla es ver un hombre tan idelista e impaciente nunca desfallecer ni ceder al desaliento al comparar lo hecho con lo que quedaba por hacer, ni al comparar los continuos rechazos con los relativamente pocos que pedían ser bautizados.

Ante sus ojos está el pecado, y su alma santa siente asco y hastío ante esa vista. Las siguientes palabras hablan claro: "Estoy tan enfadado de vivir que juzgo ser mejor morir por favorecer nuestra ley y fe, viendo tantas ofensas cuantas veo hacer sin acudir a ellas, y no me pesa sino que no fuí más a la mano a los que sabía que tan cruelmente ofenden a Dios" (I, p. 242).

No es esta la única vez que expresa la amargura de su alma. Al recomendar tan repetidas veces a los demás que confíen en Dios, parece estarlo repitiendo para convencerse a sí mismo. Continuamente habla de no fiarse en lo humano y poner toda esperanza en Dios.

La acción misionera de Javier fué veloz, acelerada. En seis años pasó desde Goa al Japón. Uno se pregunta —con Leclercq— si esa acción evangelizadora fué profunda y duradera. El siguió la inspiración del Espíritu Santo, y esa razón nos basta. Francisco Javier buscaba misioneros que se encargarán de las nuevas cristiandades, los cuales misioneros harían arraigar más profundamente la semilla por él plantada a su paso.

Algunos de sus neófitos dieron la vida por defender la fe, pero también lamentó con dolor al pueblo que apostató.

Todo eso no sería nada si buenos misioneros continuaran su obra. Pero he aquí que algunos de esos misioneros se hicieron

(4) *Monumenta Missionum. Epistolae Xaverii*, t. 1, p. 191.

indignos de tal ministerio. Este fué sin duda uno de los engaños más dolorosos para Javier.

Mansilhas, a quien escribía con tanta frecuencia y tanto amor, y a quien admitió él mismo al sacerdocio, termina por salir de la Compañía y abandonar el trabajo misionero con su santo maestro. Habla poco de estos casos, pero los deja entrever de vez en cuando a través de sus cartas. Tuvo que expulsar, entre otros, a Artigas Gonçalves, Moraes, Ferreira, González... No tenía espíritu de obediencia ni verdadero celo de las almas.

Nos lo dice en carta al Superior local:

“También despediréis a Francisco Gonçalves; y no le dejaréis entrar en el colegio... A mí me pesa mucho tener causa para despedirlo, y lo que más siento es que tengo miedo no sean los únicos. D. N. Señor sabe con cuánta amargura escribo esta carta. Pensaba encontrar algún consuelo, después de los muchos trabajos que tengo llevados, y en lugar de consuelo hallo trabajos que asaz me atribulan...; en la obediencia me parece que hay poca o ninguna. Loado sea Dios por todo” (5).

Como se ve por lo expuesto, aunque sea someramente, tenía el apóstol, hablando de tejas abajo, motivos sobrados para desalentarse: poca colaboración, muchos que se echan para atrás, subalternos incapaces (cfr. P. Gómez en Goa), poco fruto entre portugueses, mucha dificultad en ganar a paganos adultos, apostasías... Todo esto, visto por los ojos del apóstol no revestía contornos de grandiosidad ni de estruendoso éxito. Era más bien motivo de mayor humildad, de volver los ojos a Dios, para confiar sólo en El.

Nosotros, cuatro siglos después, en un afán profundamente humano de encontrar al hombre perfecto, le atribuimos al santo apóstol la perfección y el éxito que nosotros creemos ser garantía y sequela de grandeza. Nos desilusionamos al descubrir a Javier quejándose, sufriendo fracasos. Pero la culpa la tenemos nosotros. Hemos situado la grandeza donde no se encuentra.

Los éxitos y triunfos exteriores no son índice seguro de grandeza moral.

Para poner un caso: solemos creer que el Japón es la gran conquista del Santo. Pero pensemos que la verdadera evangelización del Japón fué posterior a la vida del apóstol, y que él

(5) Monumenta Missionum. Epistulae Xaxerli, t. 2, p. 310.

apenas logró bautizar a unos cuantos. El florecimiento de cristianos y mártires fué presenciado por la siguiente generación. El gustó tan sólo la amargura del sudor de los que siembran en el estío.

A través de su obra apostólica, rápida a veces, deficiente otras, llena también de triunfos y consuelos, Dios fué realizando la evangelización del oriente. Se valió de la santidad de Javier, de su gran simpatía, de su incansable energía; pero en último término la obra fué siempre de la Gracia de Dios. El fué un instrumento. Y sabía que era instrumento. Su dolor era ver que no era tan apto y manejable como la obra de Dios pedía.

“Y conociendo mi flaqueza, por gracia de Dios, y cuán inútil sea para todo, después de tener un cierto conocimiento de mí mismo, me esforcé por poner toda mi esperanza y confianza en Dios...” (6).

La verdadera grandeza y heroicidad del apóstol de las Indias está, no en su labor de conquista exterior, sino en su grandeza de alma para confiar siempre en Dios y nunca desfallecer, en su ardiente amor a Cristo crucificado, su Señor y Amigo personal. Grandeza de alma y amor a Cristo son los pilares de toda su personalidad de santo.

El apostolado, el éxito, son para Javier, acontecimientos secundarios en la vida. Son accidentales.

El mismo expresa brevemente su pensamiento sobre este punto:

“Tened presente siempre que en más tiene Dios una buena voluntad llena de humildad, con que los hombres se ofrecen a El haciendo oblación de sus vidas por solo su amor y gloria, de lo que precia y estima los servicios que le hacen, por muchos que sean” (7).

“Más aprecia Dios —dice— una entrega sincera de la propia voluntad, que grandes servicios y obras exteriores”.

Al sacar a luz contradicciones y dificultades en la vida de Javier, lo hacemos convencidos de que así glorificamos más al santo que si sólo publicáramos sus triunfos y milagros.

Se muestra más el valor de un alma en la adversidad que en lo próspero. Y se muestra más el poder de Dios obrando a través de la debilidad y el fracaso aparente que a través de la fortaleza humana.

“Infirma mundi elegit Deus un confundat fortia”.

(6) Monumenta Missionum. Epistulae Xaverii, t. 1 p. 57.

(7) Monumenta Missionum. Epistulae Xaverii, t. 2, p. 181.